

MÁS ALLÁ DE LA MORAL CATÓLICA ESTÁ LA ÉTICA

*REFLEXIONES EN TORNO A LA ENSEÑANZA DE ÉTICA
PROFESIONAL EN LA UNIVERSIDAD CATÓLICA*

Prof. Luis Eduardo Bacigalupo
Facultad de Letras y Ciencias Humanas

1

¿Qué es ética profesional? Si le prestamos atención al adjetivo, parece que no iremos muy lejos, porque la ética profesional es simplemente la ética aplicada a las actividades propias de una profesión. Creemos que la pregunta más prometedora es la pregunta previa: ¿qué es ética?

Todos damos por supuesto que sabemos qué es ética, pero generalmente confundimos muchos planos: para algunos ética es la moral vigente en una determinada colectividad; para otros es un conjunto de principios que se hallan por encima de las distintas costumbres morales de una sociedad dada; y no faltan en nuestro tiempo quienes identifican ética con estética. La confusión no sólo se aprecia en el lenguaje público no-académico, sino

se constata también entre los especialistas. Un influyente filósofo alemán, por ejemplo, llama hoy ética a lo que la tradición filosófica siempre llamó moral, y moral a lo que la mayoría de los filósofos sigue llamando ética.

Parece una ironía que en los orígenes, cuando griegos y latinos forjaron los conceptos de Occidente, ética y moral significaran lo mismo. Una palabra era la traducción de la otra. Pero a lo largo de la historia se fueron decantando ciertas diferencias que, a fines de la Edad Media, se convirtieron en uso común. En la época de la temprana Escolástica, ‘moral’ empezó a significar el conjunto de costumbres que de hecho se hallan vigentes en un determinado grupo social. En el concepto, esas costumbres abarcan desde los modales y la manera de vestir de los individuos, pasando por las normas de conducta familiares o de clan, hasta usos políticos más fuertes, arraigados en la vida pública de las ciudades. Por esa razón, los juristas y los filósofos siempre consideraron que el derecho era, de algún modo, un componente de la moral de un pueblo, porque era el conjunto de las normas explícitas de un universo normativo más vasto.

El hecho de que distintos pueblos y culturas se toparan unos con otros a lo largo de su historia —por lo general, de manera poco amistosa— produjo un fenómeno de ‘contaminación’ de las costumbres originales y, en consecuencia, una moral se veía invadida y trastornada por los valores de otra. En la historia del Occidente, el primer cristianismo mediterráneo se expandió hacia los demás pueblos europeos sobre la base de la mutua influencia moral y, a través de ella, inculcó patrones de comportamiento nuevos en los pueblos convertidos. Esto, como se sabe, se convirtió en una constante histórica, y cada vez que se daba se producía una crisis moral, de la que los pueblos siempre salían conservando sus rasgos ancestrales más resistentes o de mayor versatilidad.

Puesto que la confrontación y la amalgama de diversas culturas se convirtió en constante histórica en el Occidente, a la palabra ‘ética’ pronto se le asignó una nueva función. Desde mediados del siglo XII se la empezó a

usar para señalar aquellas normas de conducta que se hallaban por encima de las diferencias morales de los pueblos en contacto. Así entendida, la ética debía trascender esas diferencias y convertirse en el denominador común de todos los seres humanos en lo que toca a la determinación racional del bien y el mal. De ese modo, la ética se convirtió en una reflexión acerca de lo que podía decantarse como universal a partir de una purificación del proceso mismo de hibridación moral.

Desde entonces, quienes tienen un sentido agudo para la perspectiva histórica, ven en la ética un ámbito de cuestionamiento crítico de los avatares de las diversas concepciones morales de la vida, y le asignan a esa mirada crítica una clara vocación universal. Ahora bien, la posibilidad de hallar los mínimos comunes de la convivencia racional se asienta en la capacidad de la ética de enunciar y proclamar los principios de aceptación universal, así como de deducir de ellos los valores y las normas mínimas indispensables para lograr la tolerancia de lo diverso en las sociedades complejas.

La moral, por su parte, desde la época helenística, dejó poco a poco de ser el nombre de una sola realidad cultural uniforme, para referir cada vez más a diversos conjuntos normativos. Entre esas 'morales' se hallaban con frecuencia las costumbres de las comunidades religiosas tradicionales, más o menos cerradas a la influencia externa; pero estaba también referida como 'moral' una amalgama de costumbres más bien amorfa e imprecisa, mucho más amplia, que se instaló por defecto de un único patrón rector en las sociedades urbanas. En los tiempos modernos, esa 'moral de los burgos' o, si se quiere, 'moral burguesa' continuó evolucionando y profundizando su curso, hasta convertirse en algo muy difícil de perfilar, debido a sus múltiples componentes heterogéneos, pero que hoy marca las pautas del comportamiento de millones de seres humanos al ritmo de los avances tecnológicos y los mecanismos de la comunicación de masas.

Vista así, más que un estado de decadencia o pérdida de ciertos valores tradicionales, la crisis moral parece ser una condición de la convivencia

humana. En nuestro tiempo, se ha convertido no sólo en crisis del discurso moral, sino además de los fundamentos y de las instituciones. Hoy, sin embargo, esa ‘moral por defecto’ que es la moral burguesa del capitalismo se ve forzada a incorporar en su despliegue práctico no sólo la ley positiva —que por puro principio de legalidad no puede desconocer—, sino que es objeto también de las demandas interpuestas por la ética, que le exige tomar posición frente a los principios universales de la moralidad.

En la mayor parte de los casos, esa relación entre normas morales de las sociedades complejas y principios éticos universales se suele dar sin grandes conflictos y dentro de una dinámica de permanente reinterpretación y adaptación. Debido al carácter marcadamente liberal que ha adquirido el proceso de hibridación de las culturas del Occidente moderno, ciertas sociedades particulares —como las minorías voluntariamente cerradas, los grupos étnicos que rehuyen el contacto fluido con la cultura predominante o los grupos religiosos conservadores— ofrecen los mayores niveles de resistencia al carácter universal y vinculante de los principios éticos asumidos por el llamado ‘humanitarismo político’ de nuestra era. Esos principios éticos, como bien se sabe, básicamente coinciden con los explicitados en la Declaración del año 1948: La dignidad de la persona, la igualdad de todas las personas en dignidad, la libertad, la justicia y la paz.

2

Ahora bien: ¿Qué es una profesión? Si nos fijamos de la etimología, la profesión, propiamente hablando, es un acto subjetivo mediante el cual un individuo se entrega públicamente a una determinada práctica o actividad. Pero la palabra profesión perdió paulatinamente su vínculo con el verbo que señala este acto de entregar la vida a una causa, y poco a poco terminó por significar el conjunto de actividades a las cuales uno se entrega. Cuando esas prácticas eran aún características y constitutivas de la moral

de un grupo religioso particular, o de un conjunto de personas dentro de una determinada tribu o clan, la profesión no había alcanzado aún su carácter moderno. Este se adquiere desde el momento en que la profesión es reconocida por el Estado como una institución. Tal reconocimiento la hace formal dentro del ámbito político, cultural y social cubierto por el Estado. Y con ello, particularmente en el Estado liberal, la profesión tiende a perder su carácter moral tradicional para convertirse cada vez más en una actividad regida por las leyes positivas, por la moral burguesa de lo cotidiano y por los principios éticos humanitarios, que pretenden obligar a toda persona, más allá de las leyes positivas del Estado del que es ciudadana, y más allá de las concepciones morales particulares que abraza.

En este sentido es que debemos reconocer que más allá de la moral católica está la ética. Cuando hablamos de la enseñanza de la ética profesional en la Universidad Católica, no estamos hablando de la moral católica, sino de la ética humanitaria. La moral católica representa un modo de vida buena al que una universidad católica invita. Los estudiantes y los profesores están invitados a considerar la riqueza que esa moral encierra para la vida de los seres humanos. La ética humanitaria, en cambio, no es una invitación sino una obligación universal.

Según lo que venimos planteando, los católicos no podemos demandar que los profesionales entiendan la rectitud de su profesión a la luz de costumbres morales como la oración, la vida sacramental o el seguimiento diario del calendario litúrgico. Podemos sugerirlo, pero no demandarlo. Todo profesional, católico o no, está éticamente obligado, en cambio, a plantear la rectitud profesional como la aplicación directa de los principios éticos humanitarios, que —dicho sea de paso— son perfectamente comunes al catolicismo y a la sociedad laica con la que éste convive.

Decir, pues, en una Universidad Católica que ‘más allá de la moral católica está la ética’ puede parecer un acto provocador, pero si se entiende bien lo que se dice con esa frase, se verá que se está diciendo algo bastante más

inocuo de lo que aparenta. Toda moral particular encuentra sus límites éticos, no sólo la moral católica, y estos están planteados por la diversidad de culturas y enfoques acerca de la vida buena que, reunidos en sociedad, están llamados a convivir pacíficamente y no a destruirse ni conquistarse unos a otros. Como bien se sabe, en los países que consideramos característicamente representativos de esa experiencia histórica que llamamos Occidente, la declaración explícita y la protección de esos límites éticos, a falta de un mecanismo mejor, ha sido y sigue siendo confiada universalmente a la Constitución del Estado.

Vivimos, pues, en un mundo complejo que ha inventado la ética para salvar la incomodidad cultural de la moral híbrida. Muchos seres humanos no estamos dispuestos a admitir que todo vale, ni queremos concebirnos como voluntades voraces a las que sólo detiene una ley coactiva eficaz. Queremos ser más bien actores libres, capaces de guiar nuestra conducta por causas superiores, que van más allá de las amalgamas acomodaticias de la moral burguesa. Puesto que muchos valores tradicionales coinciden plenamente con la causa humanitaria, mantenemos la ilusión de ser una gran familia universal a pesar de nuestras más profundas diferencias.

Tal ideal tiene, desde luego, marcados tintes utópicos, pero al parecer ya los hemos asumido desde el momento en que nos proponemos formar a los estudiantes de la Universidad Católica dentro de pautas éticas aplicables a su profesión y no dentro de preceptos morales particulares. Partimos, en efecto, de la convicción de que, carentes de ese aporte universal recibido en la formación universitaria, las personas serán más fácilmente empujadas a asumir la lógica perversa de la corrupción y la lucha de todos contra todos que la moral burguesa predominante, en su debilidad intrínseca, no es capaz de contrarrestar. Adicionalmente, a partir de una sólida formación ética, esos mismos estudiantes estarán mejor capacitados para valorar la riqueza de la invitación hecha por la tradición católica a contemplar el modo de vida que ella ofrece como una posibilidad.

3

Creo que muchos católicos podrían coincidir con nuestro punto de vista, según el cual hay que mantenernos firmes en la tarea de contrarrestar las debilidades de lo que hemos llamado la moral burguesa, que es esa amalgama híbrida de costumbres ya instaladas en la vida urbana, que carece de norte. La pregunta es cómo puede contrarrestar esa inercia la Universidad Católica.

Se piensa que debe hacerlo, entre otras cosas, mediante la enseñanza de ética profesional. Pero algunos, a pesar de que somos católicos, creemos que, para lograr ese fin, no tiene sentido pretender adoctrinar a los jóvenes en las creencias morales tradicionales del catolicismo. Otros, desde luego, están a lo mejor convencidos de que se hace poco o nada en esa dirección, es decir, en la dirección de inculcar la moral católica a la juventud, y es probable que sostengan su convicción en la creencia de que la función de una Universidad Católica es producir profesionales católicos. Este es, en todo caso, un asunto opinable, y lo que aquí nos corresponde hacer es dar sustento a nuestra opinión.

Hay una diferencia muy importante, que estamos obligados a no desatender. Una cosa es enseñar una moral que no sólo es valiosa para los creyentes sino que se considera recomendable para todo ser humano, y otra cosa muy distinta es enseñar esa misma doctrina con la pretensión de otorgarle un carácter ético universal, que no posee por sí misma. En una Universidad Católica, lo segundo equivaldría a suponer que no puede ser un buen profesional quien no asuma en su vida costumbres católicas como rezar, ir a misa o comulgar, cosa que no puede afirmarse ante un público amplio al que se ha convocado bajo otras premisas.

Una sospecha razonable y bastante generalizada en nuestro tiempo es que una prédica no anunciada y compulsiva tendría la peor acogida imaginable entre jóvenes que están preocupados por asuntos muy ajenos a los que se

pretenderían inculcar de ese modo. Sin embargo, optar por no predicar de una manera burda la moral católica de ninguna manera significa renunciar a enseñar las doctrinas de la Iglesia en materia de moral y sociedad. La discusión académica de los tópicos propuestos por el magisterio eclesial es una responsabilidad de toda Universidad católica. Por el lado de la formación ética, de lo que se trata es de descubrir con los estudiantes el carácter cristiano de gran parte de los principios más respetados por ellos mismos en el presente.

¿Por qué causas están dispuestos a luchar los jóvenes? ¿En qué medida pueden ser reconocidas esas mismas causas en la tradición católica, que es un pilar histórico del pensamiento occidental? La exploración de este suelo común nos parece que es un requisito fundamental de un diálogo posible entre la fe y la cultura.

La moral, por otra parte, la adquieren las personas desde pequeñas, bajo influencia de la familia, por lo que no tiene mucho sentido esperar que sea la universidad la que inculque moral, sobre todo si se trata de personas cuya recepción y disposición no ha sido ganada previamente a través del diálogo y el encuentro abierto. Enseñar ética profesional, por lo tanto, no es enseñar moral. En una universidad católica abierta a las transformaciones que demandan los tiempos, la ética requiere que el trabajo universitario se reinvente para que sea capaz de despojarse, sobre todo, del formato vertical del maestro que sabe y el discípulo que ignora por completo lo que ha venido a aprender. A pesar de las discrepancias que pueda despertar esta opinión, confiamos en que habrá consenso respecto de lo que la ética profesional requiere en la Universidad Católica: Trabajo de reflexión crítica y diálogo académico sostenidos.

Ahora bien: Eso, con ser necesario, no basta. Toda profesión, todo verdadero profesar, demanda un grado de compromiso con personas concretas en el marco de actividades concretas. Es difícil que los jóvenes se profesen seguidores de tales o cuales principios éticos sin que existan en su entorno

las condiciones para un compromiso práctico con alguien. Desde el punto de vista ético, más que con ideas e instituciones, las personas nos comprometemos con personas. Pero las oportunidades que brinda la Universidad para que sus estudiantes puedan toparse con personas ajenas o no al quehacer universitario, pero inmersas en actividades colectivas conjuntas, suelen ser muy escasas. Ocurren con más facilidad en las carreras en las que hay prácticas pre-profesionales, pero con demasiada frecuencia suelen ser desaprovechadas, si no desvirtuadas por completo.

Esto último suele ocurrir cuando no hay una guía ética ni comunicativa de la práctica. El vacío que se deja con esto es peligroso. No son infrecuentes las anécdotas que se cuentan sobre profesores que les pasan a los alumnos el mensaje —por lo demás nefasto— de que una cosa son los principios y valores que se aprenden en clase, y otra cosa muy distinta la cruda realidad de la vida profesional.

En el entendido de que los cursos de deontología son una ayuda, pero no la solución para cerrar brechas de ese tipo, hemos presentado a la Facultad de Letras y Ciencias Humanas una propuesta de diseño de los cursos de deontología basada en análisis de casos. La idea detrás de ese proyecto es convertir a los cursos de deontología en espacios de diálogo, basados en un trabajo teórico-práctico, cuya parte teórica se aboque a comprender qué se valora éticamente en determinados casos concretos y porqué. Se espera que la detección y el análisis de los principios éticos que producen valor permita al estudiante desatacar rápidamente qué normas morales reciben un carácter vinculante, cómo y porqué.

La dimensión práctica de un curso de deontología debería ser capaz, a su turno, de propiciar el compromiso con esos principios y valores en el marco de una praxis determinada. Tratándose de la solidaridad, por ejemplo, ningún discurso en clase, por elaborado que sea, puede ser más formativo que la realización de actos solidarios. Lamentablemente, aún no es un hábito difundido de la enseñanza universitaria poner en contacto a los jóve-

nes con personas del entorno social, en el marco de tareas y actividades comunes, orientadas al desarrollo de los pueblos y a la generación de compromisos éticos concretos. Por el contrario, no sólo no preparamos a los estudiantes para un manejo solvente de sus relaciones interpersonales en los ámbitos laborales complejos que enfrentarán sino, antes bien, los lanzamos al ruedo sin más o, a veces incluso, con la advertencia cínica de que allí afuera nada encontrarán que realmente se parezca a lo que han aprendido en las aulas.

En el interim, mientras el diseño de la enseñanza universitaria no ingrese en cauces de reforma más profunda, se puede explorar el trabajo deontológico basado en casos. Es, desde luego, trabajar sobre una figura antes que sobre una realidad práctica concreta, pero de todos modos representa una aproximación mayor que el simple dictado de teorías más o menos bien expuestas, que sin embargo dejan a las personas en la total desinformación acerca de cómo se aplican esas propuestas abstractas a la realidad de las decisiones cotidianas.

Una cuidadosa selección y elaboración de los casos, recurriendo a las técnicas y metodologías más adecuadas, podría brindar posibilidades de presentar, por lo menos en parte, la complejidad de los entornos sociales, culturales y políticos que nos circundan en la vida real. Sobre esa base, ante circunstancias frente a las cuales, con frecuencia, sólo queda el desconcierto, se habría logrado enseñar a aplicar los principios y a descubrir aquellos valores éticos que, sin lugar a dudas, reclaman el compromiso de toda persona de buena voluntad.

Lo demás es tarea del Espíritu.

Lima, abril de 2004